

NOTAS Y TEXTOS

“144.000 SIGNATI”

El Apocalipsis es enteramente singular entre los libros inspirados del Nuevo Testamento. No sólo por su contenido, sino tanto o más por su composición o estructura literaria, forma él solo categoría aparte. Quien desconozca el complicado artificio con que están dispuestas las visiones del Apocalipsis se halla necesariamente en un laberinto sin salida, o con salida a cuál más disparatada.

Uno de estos artificios o procedimientos literarios es la clave del capítulo VII. Su importancia para una interpretación coherente y lógica de todo el Apocalipsis justificará el trabajo que pongamos en su estudio.

Como base de este estudio, será oportuno reproducir los elementos esenciales del capítulo VII.

Introducción: “Tras esto vi cuatro ángeles, que, de pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, sujetaban los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre árbol alguno. Y vi otro ángel que subía del levante del Sol, con el sello del Dios viviente en la mano; y clamó con grande voz a los cuatro ángeles, a quienes se había dado el poder de dañar a la tierra y al mar, diciendo: No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que hayamos marcado con el sello a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.”

Los 144.000 *Marcados*: “Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro millares marcados con el sello, de toda tribu de los hijos de Israel. De la tribu de Judá doce millares marcados con el sello...” Sigue la enumeración de las restantes tribus.

La innumerable muchedumbre celeste: “Tras esto vi: y he aquí una muchedumbre numerosa, que nadie pudiera contar, de todas las razas y tribus y pueblos y lenguas, de pie delante del trono y en presencia del Cordero, revestidos de estolas blancas, con palmas en

sus manos... Y uno de los ancianos tomó la palabra, diciéndome: "Estos, los revestidos de estolas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron?" Y le dije: "Señor mío, tú lo sabes." Y me dijo: "Estos son los venidos de la gran tribulación, y lavaron sus estolas y las blanquearon con la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios y le rinden culto día y noche en su templo, y el que se sienta en el trono extenderá su tienda sobre ellos. No tendrán ya más hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero que está en el medio ante el trono los pastoreará y los guiará a las fuentes del agua de la vida, y secará Dios toda lágrima de sus ojos."

El problema fundamental que sugiere este capítulo es la distinción o identidad entre los 144.000 marcados con el sello y la innumerable muchedumbre celeste. La primera impresión, corroborada por algunas razones superficiales, es que se trata de dos grupos marcadamente distintos: uno de israelitas y otro de todas las naciones. Y hay que reconocer que tal es la opinión más corriente de los intérpretes (1). Con todo, una atenta reflexión corrige enteramente esta impresión primera y se decide resueltamente por la unidad o identidad.

(1) Tal es la interpretación de la gran mayoría de los intérpretes post-tridentinos: Viegas, Cornelio a Lápide, Pereira, Estio, Silveira, Menochio, Tirino, La Haye, a quienes precedieron en la antigüedad Victorino y, a lo que parece, Andrés de Cesarea, y han seguido más recientemente Alliolí, Calmes, Holtzmann, Bousset, Allo.

Con todo, la interpretación universalista, que defendemos, tiene en su apoyo a la mayor parte de los intérpretes antiguos y medioevales: Orígenes, Primasio, San Beda, San Beato de Liébana, Ambrosio Ansberto, Haymón de Halberstadt, Walafrido Estrabón, Berengauda (autor del comentario atribuido antes a San Ambrosio), San Anselmo, Ricardo de San Víctor, Tomás Anglico (a quien se confundió con el Doctor Angélico), Nicolás de Lira, a quienes han seguido posteriormente Alcázar, Charles, Swete, Tiefenthal, Ecker, Roesch.

Tiefenthal ve una probable alusión a los 144.000 marcados con el sello, y consiguientemente una confirmación de su interpretación universalista, en el verso 9 del Epitafio de Abercio, referente a los cristianos de Roma:

λαὸν δ' εἶδον ἐκεῖ λαμπρὰν σφραγίδ' ἀνέχοντα,

"y vi allí un pueblo que ostenta una *marca espléndida*". *Die Apokalypse des hl. Johannes*, Paderborn, 1892, p. 361, nota. De hecho la palabra σφραγίδα del Epitafio es la misma del Apocalipsis.

Propondremos las razones que militan a favor de la unidad: primeramente las más obvias, independientes de todo sistema o artificio literario, y luego, las que se fundan en el arte peculiar o procedimientos literarios del Apocalipsis, las cuales, si bien a primera vista parecen dificultades contrarias, analizadas, empero, atentamente, se convierten en argumentos positivos de nuestra tesis.

I

Una primera razón, no despreciable, es el artículo *los*, que precede a los *siervos de Dios*, que han de ser marcados con el sello. Dice el ángel: "No dañéis a la tierra, ni al mar, ni a los árboles hasta que hayamos marcado con el sello a *los* siervos de nuestro Dios en sus frentes." Siendo el artículo *los* signo de universalidad o totalidad, *los siervos de nuestro Dios* no pueden ser solos los israelitas.

Esta primera razón, considerada en el contexto inmediato, adquiere visos de certidumbre. En efecto, ¿para qué son marcados con el sello de los siervos de Dios? Evidentemente, para ser preservados de la gran calamidad simbolizada por el desencadenamiento de los cuatro vientos. De cualquiera manera que se entienda esta calamidad y su preservación, es claro que la marca es una garantía de preservación contra la calamidad: es, como lo fué para los hijos de Israel en Egipto la sangre del cordero inmolado. (*Ex.* 12, 13.23). Ahora bien, si los marcados con el sello, todos ellos y solos ellos, han de ser preservados de la calamidad, ¿es verosímil que Dios quisiese preservar de ella a todos y solos los israelitas, y a ninguno absolutamente de los fieles venidos de la gentilidad? ¿No son éstos, igualmente que los israelitas, *siervos de nuestro Dios*? Como la calamidad, simbolizada por *los cuatro vientos de la tierra*, había de ser universal, universal había de ser también la preservación de todos los siervos de Dios.

Otra razón suministran, a nuestro juicio decisiva, dos pasajes paralelos. El primero es el de la quinta trompeta: "El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella caída del cielo a la tierra, y le fué dada la llave del pozo del Abismo. Y abrió el pozo del Abismo, y subió una humareda del pozo, como humareda de un grande horno, y se entenebreció el sol y el aire por la humareda del pozo. Y de la humareda salieron langostas sobre la tierra, y se les dió un

poder como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y les fué dicho que no dañasen a la hierba de la tierra, ni a cosa verde, ni a árbol alguno, sino a *los hombres que no tienen la marca de Dios sobre sus frentes*. Y les fué dado que no los matasen, sino que los atormentasen durante cinco meses; y su tormento es como el tormento que da el escorpión cuando pica al hombre. Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huye de ellos" (9, 1-6). En este pasaje, como generalmente en la concepción esquemática del Apocalipsis, los hombres se dividen en dos únicos bandos: el de los santos y el de los impíos, el de los que siguen al Cordero y el de los que siguen a la bestia: no existen neutrales. La calamidad de las langostas infernales cae sobre el bando de los impíos, que son todos y solos los que no llevan "la marca de Dios sobre sus frentes". Por consiguiente, la marca de Dios señala y preserva a todos los santos, sin distinción entre israelitas y gentiles. Luego los 144.000 marcados con el sello son, no los israelitas solos, sino todos "los siervos de nuestro Dios".

A esta marca de los santos en la tierra corresponde la señal que los bienaventurados del cielo llevan en su frente. En el cielo, dice San Juan, "no se hallará objeto alguno de maldición. Y el trono de Dios y del Cordero estará allí, y sus siervos le rendirán culto, y verán su rostro, y *llevarán el nombre de Dios (1) sobre sus frentes*" (22, 3-4). La señal celeste será universal, sin distinción de razas; universal es también, por tanto, la marca terrestre, que señala no sólo a los hijos de Israel, sino a todo el pueblo de los siervos de Dios.

Como todos los santos, así también, por el contrario, todos los impíos llevan su marca, la marca de la bestia. De la bestia subalterna, que sube de la tierra, y que milita a las órdenes de la bestia

(1) Al nombre de Dios, que ostentarán gloriosamente los elegidos en el cielo no lo llama San Juan "marca" o "sello", porque no es allí, como en la tierra, signo distintivo o señal preservativa.

Con todo, según San Pablo, los elegidos son precisamente "marcados con el Espíritu Santo de la promesa, que es arras de nuestra herencia, *para el rescate de su posesión*" (Eph. 1, 13-14) o adquisición definitiva de su propiedad; es decir, que Dios, a manera de Pastor, señala o marca con el sello del Espíritu Santo a las ovejas de su grey, para recogerlas y reunir las en su día en los apriscos eternos y hacerlas definitivamente suyas.

principal, que sube del mar, dice San Juan que "hace que todos, los pequeños y los grandes, los ricos y los pobres, los libres y los esclavos, lleven impresa sobre su mano derecha o sobre sus frentes una marca; y que nadie pueda comprar o vender, sino el que lleva la marca, el nombre de la bestia o la cifra de su nombre" (13, 16-17).

El tercer ángel que habla en el capítulo XIV exclama: "Si alguno adora la bestia y su imagen, y recibe la marca sobre su frente o sobre su mano, también él beberá del vino de la cólera de Dios, vino sin mezcla vertido en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre a la vista de los santos ángeles y a la vista del Cordero. Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos, y no hallan reposo día y noche los adoradores de la bestia y de su imagen y quien recibe la marca de su nombre" (14, 9-11). Cuando el primer ángel derrama su copa sobre la tierra, "se produce una úlcera maligna y fatal sobre los hombres que llevan la marca de la bestia" (16,2). Viceversa, los que reinan con Cristo mil años sobre la tierra son "los que no adoraron la bestia ni su imagen ni recibieron la marca sobre su frente o sobre su mano" (20, 4. Cfr. también 19,20).

Todos, por tanto, llevan su marca: los unos, los impíos, todos llevan la marca de la bestia; los otros, los santos, todos igualmente llevan la marca de Dios o del Cordero. Nadie queda exceptuado. Por consiguiente, los 144.000 marcados con el sello representan simbólicamente la universalidad de los santos o siervos de nuestro Dios.

II

A esta solución universalista se oponen tres dificultades, que parecen exigir una interpretación particularista o israelítica de los 144.000 marcados con el sello divino: 1.^a, San Juan habla de dos muchedumbres: una *oída* sobre la tierra, otra *vista* en el cielo; 2.^a, la muchedumbre terrestre consta de 144.000, la celeste nadie es capaz de contarla; 3.^a, la primera está formada por 12.000 de cada una de las tribus de Israel, la segunda pertenece a todas las razas, tribus, pueblos y lenguas. Con todo, estas dificultades, examinadas más de cerca, no sólo no destruyen la solución universalista, sino que más bien la corroboran. Podrán ser dificultades para quien desconozca los procedimientos literarios del Apocalipsis: para quien los conozca y aplique lógicamente, se convierten en argumentos positivos.

1. *Doble presentación de un mismo objeto: acústica y óptica.*— Existe en el Apocalipsis un curioso procedimiento literario, no desprovisto ciertamente de valor estético y de fuerza dramática: consiste en la doble exhibición o presentación de un mismo objeto o hecho por medio de dos escenas consecutivas: una auditiva y otra visual. La existencia y naturaleza de este procedimiento literario se entenderá fácilmente por los siguientes ejemplos:

Ya en la visión inaugural escribe el vidente: "Yo Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación y reino y paciencia en Jesús, me hallé en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Fui arrobado en espíritu el día del Señor: y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta que decía: "Lo que ves escríbelo en un libro y mándalo a las siete iglesias: a Efeso, y a Esmirna, y a Pérgamo, y a Tiatira, y a Sardes, y a Filadelfia, y a Laodicea." Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros, uno semejante a Hijo de hombre, revestido de túnica talar..." (1, 9-13). Sigue la descripción de lo que vió. El mismo procedimiento se sigue en la apertura de los cuatro primeros sellos. Sirva de ejemplo el primero: "Y vi, cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí a uno de los cuatro seres animados que decía como con voz de trueno: "Ven." (1). Y vi: y he aquí un caballo blanco, y el que cabalgaba sobre él tenía un arco, y se le dió una corona, y salió vencedor y para vencer" (6, 1-2). Primero oye San Juan llamar con la voz "Ven" al que ha de aparecer; y luego ve aparecer al que había sido llamado. Como en miniatura se hallan aquí los elementos esenciales de este procedimiento literario. Más amplio es el ejemplo que nos ofrece la sexta trompeta: "Y el sexto ángel tocó la trompeta: y oí una voz salida de los cuatro cuernos del altar de oro que está ante la presencia de Dios, que decía al sexto ángel, que tenía la trompeta: "Suelta a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Eufrates." Y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, y el día, y el mes, y el año, para

(1) Esta voz "Ven", no se dirige al vidente, como parece indicarlo la Vulgata Clementina, que añade "et vide": adición, que no se halla en los mejores mss. de la Vulgata, como tampoco en los mejores mss. griegos; y que no es sino una glosa inoportuna, nacida de la mala inteligencia del texto. La voz se dirige al Caballero que va a aparecer, y es como una llamada para su aparición en la escena.

matar a la tercera parte de los hombres. Y el número de los ejércitos de la caballería eran dobladas (1) miríadas de miríadas: *oí* el número de ellos. Y así *vi* en la *visión* a los caballos y a los que montaban sobre ellos, que llevaban corazas de fuego y de jacinto y de azufre..." (9, 13-17). Prosigue todavía la descripción de lo que vió.

En estos y otros ejemplos semejantes se ve cómo el vidente presente un mismo hecho u objeto en dos fases o escenas consecutivas: una acústica y otra óptica. Los rasgos diferentes de cada una están naturalmente en consonancia con las diferentes propiedades de cada sentido. Aplicado este procedimiento al capítulo VII deshace la dificultad originada del aparente dualismo de las muchedumbres. En efecto, de la turba terrestre dice San Juan: "Y *oí* el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro millares..." De la turba celeste dice: "Tras esto *vi*: y he aquí una muchedumbre numerosa..." La sucesión de los dos verbos *oí* y *vi* (2), análoga a la de los ejemplos antes aducidos, hace, no sólo posible, sino sumamente probable, por lo menos, que la audición y la visión se refieren a un mismo objeto diferentemente presentado. Y así, lo que parecía dificultad se convierte en argumento positivo.

2. *Los 144.000 y la turba innumerable.*—La oposición entre la muchedumbre terrestre, exactamente contada, y la celeste, que nadie pudiera contar, es la única razón en que funda el egregio comentarista del Apocalipsis, Allo (2), la distinción entre una y otra. Hemos de confesar que semejante razón nos parece demasiado endeble para resistir la fuerza de las contrarias. Primeramente, el número de la turba terrestre es, como lo reconoce el mismo Allo, "una cifra simbólica de

(1) La expresión original $\delta\iota\sigma\mu\upsilon\rho\acute{\iota}\alpha\delta\epsilon\varsigma\ \mu\upsilon\rho\iota\acute{\alpha}\delta\omega\upsilon$ suele entenderse, como traduce la Vulgata, "vicies millies dena millia", en el sentido concreto de *dos miríadas de miríadas*, que son 200.000.000; como si San Juan hubiera escrito $\delta\acute{\upsilon}\omicron\ \mu\upsilon\rho\iota\acute{\alpha}\delta\epsilon\varsigma\ \mu\upsilon\rho\iota\acute{\alpha}\delta\omega\upsilon$, variante de unos pocos mss. secundarios seguida por el *Textus receptus*. Mas, como ya el singular $\delta\iota\sigma\mu\upsilon\rho\acute{\alpha}\varsigma$ significa el número de dos miríadas, creemos que San Juan con el plural $\delta\iota\sigma\mu\upsilon\rho\iota\acute{\alpha}\delta\epsilon\varsigma$ quiso significar indeterminadamente un número incomparablemente mayor, que en castellano puede traducirse *dobladas miríadas de miríadas*.

(2) El mismo Allo, *Saint Jean, L'Apocalypse*, París, 1921, p. 94, nota y subraya la sucesión de los verbos *oír* y *ver*, en el pasaje que luego transcribimos.

(3) *Saint Jean, L'Apocalypse*, p. 92-93.

plenitud", con lo cual, en realidad, esta turba queda tan sin contar como la celeste; con lo cual, consiguientemente, desaparece la oposición entre una turba contada y otra sin contar. Además, no hay que olvidar que el número de la turba terrestre no lo cuenta San Juan, sino que lo oye de boca del ángel, quien, a no dudarlo, también hubiera podido contar la muchedumbre celeste y declarar su número al vidente. De la misma manera oyó éste en la sexta trompeta el número fabuloso de dobladas miríadas de miríadas, que son por lo menos 200.000.000. Si San Juan hubiera visto cualquiera de estas dos muchedumbres y hubiera tenido que apreciar su número por la vista, habría dicho de ellas lo mismo que de la celeste: que "nadie pudiera contarlas". No existe, pues, oposición entre el número determinado de la muchedumbre terrestre y el número sinnúmero de la celeste. Más aún: San Juan, acomodándose sabiamente a la diferente naturaleza del oído y de la vista, debía precisar el número oído y dejar indeterminado el de la turba vista.

3. *Israel en la tierra y todas las razas en el cielo.*—Esta es la tercera razón, y a primera vista la más palmaria, de la distinción entre la muchedumbre terrestre, que está compuesta exclusivamente de las doce tribus de Israel, y la celeste, que pertenece a todas las razas, tribus, pueblos y lenguas. Pero es también la razón más endeble, si no es, vuelta al revés, en favor de la identidad.

La turba celeste, que en capítulo VII consta de todas las razas, en el XXI está representada simbólicamente bajo las dos imágenes, extrañamente fundidas en una, de virgen esposa y de ciudad; y esta ciudad es llamada Jerusalén y es esencialmente, o mejor, exclusivamente israelita. Oigamos al inspirado vidente: "Y vino uno de los siete ángeles que tenía las siete copas henchidas de las siete plagas últimas, y habló conmigo, diciendo: "Ven acá, te mostraré la novia, la esposa del Cordero." Y me llevó en espíritu sobre un monte grande y elevado, y me mostró la ciudad santa Jerusalén, que descendía del cielo, radiante con la gloria de Dios: su destello es semejante a una piedra preciosísima, a manera de jaspé cristalino. Tenía murallas grandes y elevadas, y tenía doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel. Al oriente, tres puertas; al septentrión, tres puertas; al mediodía, tres puertas; al occidente, tres puertas. Y la muralla de la ciudad tiene doce fundamentos, y sobre ellos doce nombres, los de los doce apóstoles del Cor-

dero" (21, 9-14). Esta ciudad celeste es universal o *católica*, asentada sobre el fundamento de los doce apóstoles, enviados a anunciar el Evangelio a todas las naciones. Por esto, añade luego el vidente: "Caminarán las naciones al resplandor de su lumbre, y los reyes de la tierra traerán a ella su gloria... Y traerán a ella la gloria y el honor de las naciones. Y no entrará en ella cosa impura, ni nadie que obre abominación y mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero" (21,24-27). En ella adorarán a Dios "sus siervos", que llevarán "el nombre de Dios en sus frentes" (22, 3-4). Pero, con ser universal, esta ciudad es Jerusalén, y en ella habita Israel, los nombres de cuyos hijos o tribus están escritos en sus doce puertas. No es, por tanto, contrario a la universalidad el que en el capítulo VII los 144.000 marcados con el sello sean llamados hijos de Israel; antes bien, positivamente, Israel es para San Juan símbolo de universalidad.

Si esta identificación de Israel con la universal Iglesia fuera una idea nueva y peregrina, podríamos acaso dudar de la mente de San Juan; pero esta idea es una de las revelaciones fundamentales del Nuevo Testamento, expresada con singular relieve y valentía por el apóstol de las gentes. En la Epístola a los Gálatas enseña San Pablo que todos los fieles, aun los venidos de la gentilidad, son "linaje de Abrahán, herederos según la promesa" (3,29), y toda la Iglesia es "el Israel de Dios" (6, 16). Y en la Epístola a los Romanos llama a los gentiles *ramos injertados en el tronco de Israel* (11, 17-24). Y por fin, omitiendo otros muchos pasajes, en la maravillosa Epístola a los Efesios declara que los gentiles "en Cristo Jesús" han sido agregados e incorporados a Israel, han adquirido el derecho de ciudadanía israelítica y forman con Israel una sola nación, una sola ciudad; más aún, una sola casa y familia (2, 11-22). Y la Iglesia, el Sábado Santo, después de la cuarta Profecía, pide a Dios que "la plenitud de todo el mundo pasen a ser hijos de Abrahán y a la dignidad israelítica: *ut in Abrahæ filios et in israeliticam dignitatem totius mundi transeat plenitudo*".

No podemos omitir unas significativas palabras de Allo, que bien pudieran considerarse como resumen de cuanto llevamos dicho. En el capítulo VII, después de comentar la marca de los 144.000 y como introducción al comentario sobre la turba celeste, escribe: "Juan acaba

de *oír* (1) que muchos de sus hermanos de raza serán salvos; ahora los ve, no solos, sino perdidos (2) en la turba innumerable de los elegidos, en donde no existe distinción de judíos y gentiles; quizá esta turba está concebida como la posteridad de Abrahán, a causa del lazo que une las dos escenas" (3).

III

Hay en el Apocalipsis otra visión que guarda conexión estrechísima con las que hasta aquí hemos analizado. Nos referimos a la visión de los 144.000 vírgenes que inicia el capítulo XIV. Su estudio, si bien no es indispensable para afianzar la verdad de la interpretación que damos al capítulo VII, puede con todo ilustrarla y darle mayor amplitud; por lo menos, puede contribuir a esclarecer la economía general del Apocalipsis. En este sentido la vamos a comentar brevemente, como simple complemento del capítulo VII.

Dice así el vidente de Patmos: "Y vi: y he aquí el Cordero que estaba sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro millares que llevaban su nombre y el nombre de su Padre escrito sobre sus frentes. Y oí una voz del cielo como voz de aguas abundantes y como voz de un gran trueno, y la voz que oí era como de citaristas que pulsaban sus cítaras. Y cantan como un cantar nuevo en presencia del trono y en presencia de los cuatro seres animados y de los ancianos. Y nadie podía aprender el cantar sino los ciento cuarenta y cuatro millares, los rescatados de la tierra. Estos son los que no se han manchado con mujeres, pues que son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adonde quiera que va. Estos fueron rescatados de entre los hombres, primicias para Dios y para el Cordero. Y en su boca no fué hallada mentira: son intachables" (14, 1-5).

Los dos rasgos más característicos de esta muchedumbre es, a saber, su número de 144.000 y su virginidad, son, según el común sentir de los intérpretes, puramente simbólicos. Además, que estos fieles

(1) Como hemos notado antes, es el mismo Allo quien subraya y pone de relieve los verbos *oír* y *ver*.

(2) Nos parece una incoherencia el presentar *perdidos en la turba innumerable de los elegidos* a los Israelitas, tan enfáticamente señalados en los versículos anteriores con el número tan preciso, así el total como el de cada una de las tribus, y con la marca del sello divino.

(3) O. c., p. 94.

sean o representen la Iglesia militante o la triunfante es indiferente para nuestro objeto; de todos modos, esta separación entre las dos fases o estados de la única Iglesia está muy atenuada en el Apocalipsis, lo mismo que en San Pablo. Lo único que nos interesa es saber si estos 144.000 vírgenes forman una clase privilegiada o bien la universalidad de los santos.

Hemos de confesar que, una vez admitido el carácter puramente simbólico de los dos rasgos principales, el número de 144.000 y la virginidad, nos parece enteramente arbitrario limitar esta muchedumbre a una sola categoría de santos, de los "ascetas", por ejemplo, como quiere Allo (1). Los otros rasgos secundarios, el cantar nuevo, el seguimiento continuo del Cordero, el ser primicias, hay que interpretarlos, en consonancia con los rasgos principales, en sentido universalista; sentido, por lo demás, corroborado por otras expresiones análogas del Apocalipsis o de otros libros inspirados del Nuevo Testamento (2).

(1) *Ibíd.*, p. 195-197.

(2) No será inútil estudiar, si bien rápidamente, los rasgos característicos de estos 144.000, para convencernos de que no son necesariamente rasgos diferenciales de un grupo particular o categoría de elegidos. El número de 144.000, como antes ya hemos advertido, es número puramente simbólico y más bien de plenitud que de parcialidad. Por lo demás, su coincidencia con el de los 144.000 marcados con el sello y la circunstancia local del monte de Sión sugieren, por lo menos, la identidad con los *Israelitas* del cap. VII. Más significativo parece el rasgo de la virginidad. Y, sin embargo, esa virginidad es puramente metafórica. De lo contrario, la expresión "Estos son los que no se han manchado con mujeres, pues que son vírgenes", aplicable literalmente a solos los varones, excluiría del coro virginal a todas las vírgenes: hipótesis absurda. Fuera de que la gloria de no haberse manchado con mujeres se realiza plenamente dentro de la santidad del matrimonio cristiano, "Casti connubii", y sólo excluye los crímenes de fornicación y de adulterio y otros más execrables. Semejante virginidad es la santidad colectiva de toda la Iglesia, que San Pablo quería presentar como "virgen casta" a Cristo, su único esposo (2 *Cor.* 11,2), y que San Juan simboliza en la virginal esposa del Cordero, contrapuesta a la impúdica meretriz Babilonia. En consecuencia, estos dos rasgos, que son los más característicos, lejos de ser necesariamente diferenciales y particularistas, son más bien indicios positivos de universalidad. Dentro de este tono de universalidad hay que interpretar harmónicamente los demás rasgos secundarios. El "cantar nuevo" no es privilegio de un grupo particular, ya que también los cuatro seres animados y los veinticuatro ancianos entonan un "cantar nuevo" (5, 9), que luego repiten millares de millares de ángeles (5, 11-12) y corea la creación entera

En cambio, si damos a esta visión sentido universalista, resulta maravillosa la armonía y unidad de todo el Apocalipsis. En la visión final del capítulo XXI la Iglesia celeste es la esposa virginal del Cordero, contrapuesta a la meretriz Babilonia, es la ciudad de Jerusalén, es la nación de Israel, es el pueblo de los siervos de Dios, marcados en sus frentes con el nombre divino, es la gloria de todas las naciones. A esta visión de conjunto preceden las visiones parciales de los capítulos VII y XIV, que la preparan y anuncian. En la primera visión del capítulo VII distinguen a los 144.000 marcados con el sello los

(5, 13); y más adelante todos los vencedores de la bestia entonan el "cantar del Cordero" (15, 2-3). El otro rasgo de seguir constantemente a Cristo no es sino un eco de aquella palabra tantas veces repetida por el divino Salvador. "Sígueme", como reconoce el mismo Alfo (ib. p. 196). Ni entendemos cómo pueda ser privilegio exclusivo de una sola categoría de elegidos el seguir "al Cordero adonde quiera que va", cuando el mismo Salvador afirmó solemnemente que "quienquiera que me sirva, sígame: que donde yo estoy, allí también estará mi ministro" (Ioh. 12,26); y lo mismo, en cuanto hombre, rogó al Padre: "Padre, los que tú me diste, quiero que donde estoy yo, también ellos estén conmigo" (Ioh. 17, 24). Si a lo menos semejante prerrogativa se concediese a los Apóstoles o a los mártires o a la pureza virginal estrictamente entendida, no parecería tan extraña; mas otorgarla exclusivamente a los "ascetas", parece inconcebible. Por fin, el ser "primicias para Dios y para el Cordero" tampoco es en el cielo privilegio exclusivo de un grupo. La idea de selección y de excelencia, expresada bajo la imagen de las "primicias" (pues en la idea de prioridad cronológica no hay que pensar), se realiza plenamente en todos los *elegidos* o *escogidos*, que, por serlo, son verdaderas "primicias para Dios y para el Cordero". En sentido análogo todos los bienaventurados son reyes y sacerdotes (1,6; 5, 10...); como también, en frase del apóstol, son todos "primogénitos" (Hebr. 12, 24. Cfr. 1 Petr. 2, 9). Por lo demás, atribuir a los "ascetas" el privilegio de ser las "primicias" entre todos los escogidos nos parece una idea demasiado peregrina.

Mas no hay que olvidar que al lado de estos rasgos que a primera vista parecen diferenciales hay otros que son indicios inequívocos de absoluta universalidad. El más significativo es que a estos 144.000 se los llama "*los rescatados de la tierra*"; expresión que, tanto por el artículo *los* como por el sentido del verbo *rescatar* o *redimir* y de su empleo en el Apocalipsis (5,9; 14,4) y en San Pablo (1 Cor. 6,20; 7,23), comprende a todos los elegidos sin excepción. Y la expresión final: "Y en su boca no fué hallada mentira: son intachables", es un anuncio de lo que más adelante se dice repetidas veces de todos los moradores de la celeste Jerusalén (21,7-8; 21,27; 22,14-15), y es cosa manifiesta. Si, pues, existen rasgos universales, y los que parecían diferenciales pueden ser y son también universales, la conclusión no puede ser dudosa.

dos rasgos de la dignidad israelítica y la marca o sello de Dios. La segunda del mismo capítulo pone de relieve su ingente muchedumbre y su universalidad. La del capítulo XIV reproduce con algunas variantes el número simbólico de plenitud, la marca o el nombre de Dios en las frentes de los elegidos y su carácter israelítico, simbolizado por el monte Sión, y al mismo tiempo anuncia la virginidad de la esposa del Cordero. Ante esta consonancia harmónica de estos y otros rasgos que pudieran señalarse, desaparecen las incoherencias de algunos pormenores secundarios, que hay que interpretar simbólicamente y que sería imprudente forzar, so pena de convertir el Apocalipsis en un intrincado laberinto. Todas las aberraciones, demasiadas por desgracia, que han desfigurado el Apocalipsis, han nacido, generalmente, de haber perdido de vista esta profunda y maravillosa unidad de sus visiones y de haber desatendido sus característicos procedimientos literarios, para perderse en la interpretación mecánica de algunos rasgos secundarios, a todas luces simbólicos o alegóricos.

JOSÉ M. BOVER.

Aalbeek (Holanda), 25 de julio de 1932.

RUIZ DE MONTOYA Y EL PROBLEMA TRINITARIO DEL PRINCIPIO DE IDENTIDAD COMPARADA

La obra más perfecta de Ruiz de Montoya es, sin duda alguna, su tratado *de Trinitate* (1). Fruto maduro de prolongados años de estudio, y al mismo tiempo primicias brillantes de una fecunda carrera de escritor, aquel infolio de más de 980 páginas ha sido el punto en que han venido a converger maravillosamente la meditación profunda de las Divinas Escrituras, el estudio fervoroso de los Padres y Concilios, la lectura incansable de los Teólogos, la visión penetrante de un alma purísima, la seguridad imperturbable de un entendimiento

(1) P. DIDACI RUIZ DE MONTOYA, *Hispalensis, e Societate Iesu, in Collegio hispalensi S. Hermenegildi Theologiae Professoris, Commentaria ac Disputationes in primam partem S. Thomae, de Trinitate. Lugduni, sumptibus Ludovici Prost, haeredis Roville, 1625.*